

mfm 1493

2268

E86

UNIVERSIDAD DE CUENCA

Presencia de la Poesía Cuencana

13

Luis Cordero

Selección y Nota de Rigoberto Cordero y León

"ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA"

—:O:—

1956

18-XII-1956

D.S. x 8

1113
1114

LUIS CORDERO

Voz honda, voz elocuente, voz de altas sonoridades la de Luis Cordero.

Enamorado el Poeta de la perfecta y sonora forma, usa verso de riqueza expresiva y de elegancia, mas con proyección hacia una hondura de significados que enraizan belleza trascendente. Cumple, a su modo, el mandato de aquel tiempo que disponia encerrar pensamientos profundos en sapiente y bien cincelada forma. Así Luis Cordero, diciéndonos verdad admirable en su Soneto cumbre, aquel que trata la eterna dualidad humana, devolviendo a la naturaleza los elementos corporales que irán a integrar otras de sus constantes creaciones, pero también señalando la luz del espíritu, más allá del tenebroso umbral, como divina chispa que misteriosa, pero certeramente, hasta su Dios retorna... Así el creador del "¡Adiós!", una de las más bellas elegias que el castellano idioma nos ha dado, conmovedor hasta la ternura, patético hasta el borde mismo de la suprema desesperanza, diciendo el sentir del alma ante la ausencia sin remedio, hallando la ausencia en las presentes penas y congojas, en lenguaje que, no obstante ser de expresividad intimista, adquiere ámbito ilimitado... Así el Poeta presen-

tando quejas y aplausos a Olegario Andrade, por el olvido imperdonable en que dejara glorias nuestras...

Pero es muy cierto que el acento humano más grande de Luis Cordero reside en sus poemas quichuas, en esos cantos y lamentos bebidos en el idioma del indio y en su alma misma, en el alma de la sufrida raza cuyos dolores no terminan aún... La queja infinita del "Rinimi, Llacta", desolado lamento del indio desarraigado violenta y bárbaramente de su tierra, tormento que, hay que decirlo con voz muy alta y clara, no desaparece todavía pese a la ilusoria eliminación del concertaje... La alegría ingenua del natural cuando magnánimo Congreso diera golpe de muerte al diezmero, rezago colonial de obscuras consecuencias en los campos... Luis Cordero ha dicho estas penas y alegrías del indio con verdadero amor...

Luis Cordero dueño fue de sus tierras, de aquellas que su sabiduría en las Ciencias Naturales poblara de nuevas especies y desconocidos gérmenes, pero, cosa rara en el terrateniente, fue amigo y hermano del indio, aprendió y sistematizó científicamente el que llamara "su dulce quichua", comprendiendo, con alma de poeta verdadero, que las esencias del sentir confúndense con las esencias idiomáticas, y sabiendo que al indio hay que hallarlo no en académicos discursos, sino en sus propias expresiones de belleza tal que traducidas al castellano o a otro cualquier idioma pierden mucho de su belleza original... Luis Cordero denunció mucho antes que los políticos y los agitadores sociales el dolor del indio que es el dolor de América y que no quiere acabarse todavía, y lo hizo en idioma tierno, en el mismo que el atormentado natu-

ral emplea para contar las lunas de su esclavitud y las pobres esperanzas familiares fallidas casi siempre por la maldad del amo que supera en mucho a los caprichos de la naturaleza...

Luis Cordero, Poeta nuestro, ha dejado una voz alta y sonora y así pasará los tiempos, en su verso castellano de bella sonoridad y bella profundidad y en su verso quichua de expresividad asombrosa que no halla cabal traducción al verse a los otros idiomas...

RIGOBERTO CORDERO Y LEON.

CUERPO Y ALMA

Señor, bien reconozco que soy nada
y que no es sino barro con aliento
la corporal sustancia que en mí siento,
para un corto vivir organizada.

A poco que termine la jornada,
recobraré de mí cada elemento,
para dar a otras vidas alimento,
la materia a otros seres usurpada.

Más, cual de arena diminuto grano
que fulgura ante el sol, la nada mía
resplandece por tí, Dios soberano.

Y esta luz de los cielos que me guía
surgirá del cadáver del gusano,
porque es centella de tu eterno día.

¡ADIOS!

A mi idolatrada esposa Jesús Dávila y Heredia.

Versos de fuego con mi sangre escritos,
que condensen mis ayes infinitos
en un solo clamor, y a la futura
edad trasmitan el recuerdo infausto
de ésta mi incomparable desventura;
versos que inmortalicen tu holocausto,
a par de mi agonía,
lamentando el rigor de nuestra suerte,
quisiera componer para ofrecerte,
¡mitad difunta de la vida mía!

Pero ay! que, mientras, yerta,
duermes, en el silencio de la fosa,
el sueño de que nunca se despierta,
consternación crüel, pena espantosa
roen mi corazón, y en trance tanto,
si bien puedo exhalar tristes gemidos,
prorrumpir en funestos alaridos,
bronca la lira, se resiste al canto.

¡Desdichado de mí cómo pudiera
dejar al punto tu siniestra casa,
y, cual herido ciervo, a quien traspasa
de aleve cazador bala certera,

aturdido, cruzar monte y llanura,
y correr, y correr, sin rumbo cierto,
hasta caerme muerto,
allá en el fondo de una selva oscura.

Triste que muere, sus congojas mata,
y éste el remedio de mi mal sería;
mas ¡oh martirio!, la fortuna impia,
que el más estrecho vínculo desata,
quiere extremar conmigo su violencia;
pues, con los restos mismos que han quedado
del lazo de mi amor, me ha sujetado
a la roca fatal de la existencia.

¡Reliquias de mi bien, huérfanos míos,
que, gimiendo, aterrados y sombríos,
me circundáis en grupo tembloroso,
vosotros, el precioso
derecho me quitáis con que podría
postrarme de rodillas ante el Cielo,
y el inmediato fin de vida y duelo,
suplicios ambos, impetrar hoy día!

¡Extraña condición! Yo, que a torrentes,
voy a beber del mar de la amargura,
os debo consolar, prendas dolientes
de mi muerte ventura!...
mas ¿cómo aliviaré vuestro tormento?,
¿qué luz, para mi rostro macilento;
para mi mustio labio, qué sonrisa;
qué lenguaje, a consuelos adecuado,
podrá darme este inerte y desolado
corazón, que en tinieblas agoniza?

¡Señor, cuando tu arbitrio inescrutabile
sentencia de orfandad dicte severa
contra humana familia miserable,
sea el padre la víctima primera;

y a la débil infancia que, inocente,
en el regazo maternal anida,
del materno calor saca la vida,
no la dejes sin madre, Dios clemente!

¡Piedad, Señor!, mis hijos la han perdido:
el mayor infortunio de la tierra
sobre ellos ha caído.
Verdad que es suyo cuanto amor encierra
mi pecho lacerado,
amor que, con la ausencia perdurable
del idolo de mi alma, se ha doblado;
mas ¿dónde la inefable
ternura, los afanes, los desvelos,
y ese caudal de halagos sin medida
de aquel ángel bendito de mi vida,
custodio de mis pobres pequeñuelos?

¿Quién soy, desde que faltas, dueño amado,
sino un huérfano más, que, despojado
de tu inmenso cariño,
te busca sin cesar por donde quiera,
te llora amargamente, como un niño,
y te llama, y te espera,
y, como no contestas, se sorprende,
y, de ver que no asomas, se horroriza,
y hiélase de espanto; pues comprende
que ya no eres, mi amor, más que ceniza?

¡Oh desastre fatal!, ¡oh golpe rudo!,
¿quién anunciarme pudo
que el prematuro fin lamentaría
de tu fresca y lozana
juventud, de tu noble bazarria,
del cultivado brillo de tu mente,
de ese anhelo continuo y diligente
con que eras, en tu hogar, la soberana

experta y laboriosa,
madre excelente, singular esposa?

De cuanto fuiste tú, ya no me queda
sino la imagen de tu rostro amado,
que, previsor, el arte ha conservado,
para que, en medio de mi angustia, pueda
mirarla y suponer que noche y día
vives en mi amorosa compañía.
Ella es mi talismán y mi tesoro,
la única joya que en el mundo estimo,
y, cuando a veces mi desdicha lloro,
contra el viudo corazón oprimo...

Consuelo de mis penas ¿por qué acabas
tus juveniles años de repente?
Trunca dejas la tela que bordabas;
abierto aún el libro que leías;
suspensa la cristiana y elocuente
instrucción que a tus hijos dar solías;
toda labor doméstica turbada;
toda esperanza de los dos burlada...
¡Ay! con razón, encastó de mi vida,
al contacto postrero de tu mano,
exhaló gemebundo tu piano
notas de lastimera despedida...

Pronto florecerán tus azucenas,
y después tu magnolia favorita
su esencia brindarános exquisita,
en niveas copas, de rocío llenas.
Aun las de nuestro amor flores preciadas,
que, en aljófar de lágrimas, bañadas,
son la mejor corona de tu duelo,
puede ser que, pasado el negro día
de llanto y desconsuelo,
cobren nuevo vigor y gallardía...

De entre las bellas rosas que cultivo,
a una, la más preciosa,
di de tu dulce nombre el atractivo
y es ROSA DE JESUS aquella rosa.
Ya con botones de fragante grana,
soberbia de ser tuya, se engalana,
malgrado primor!, vana hermosura!
Ahi estás, mi JESUS, flor de mis flores,
con el brote postrer de mis amores,
marchita en la desierta sepultura!

¡Ah, cuan lento, cuan largo, me parece,
desde que tú no existes, cada instante!,
ha quedado mi dicha tan distante,
que en lóbrego confin se desvanece.
Así suele, después de claro día,
prolongarse la noche tenebrosa,
y ni vestigios hay de la radiosa
lumbre que en el cenit resplandecía.

¡Ten lástima de mí, Dios soberano!,
mi corazón se turba y anonada
al peso de tu mano.
Con la luz de mis ojos apagada
y la carne a los huesos adherida,
hastiado de mi mismo y de la vida,
adusto, cual el cárabo en su grieta,
¿cómo, si me abandonas, Padre mio,
resistiré a tu excelso poderío,
que me clava en el pecho la saeta?

Sus días fueron sombra, fueron humo.
He aquí que la agostaste como el heno
que siega el labrador por la mañana...
Solo tú no te cambias, Poder Sumo,
que impasible dispones y sereno
la sucesión de seres cotidiana.
Cuando perezca el orbe que fundaste,

envejecido el cielo, se desgaste,
y a desplomarse vaya la opulenta
máquina de los mundos al abismo,
la mudarás, cual rota vestimenta,
y quedarás el mismo...

Pero ¿qué es de la humana criatura,
que hiciste a tu divina semejanza,
dándole un rayo de tu lumbre pura
y el poderoso imán de la esperanza,
sí, a pesar de tus ansias de lo eterno,
la total destrucción que le rodea
mira con esa luz, odiosa tea,
que le enciende las llamas de un infierno?

¡Perdóname, Dios santo, que estoy loco!...
¿Loco?... ¡Dichoso yo, si lo estuviera,
y el juicio, que quitárame hace poco,
tu augusta potestad me devolviera!
y, desgarrado el velo que cubría
de pavorosa lobreguez mi mente,
brillara para mí resplandeciente
la aurora de otro día,
y despertarse de mi horrible sueño,
en brazos... ¡ay!, ¡en brazos de mi dueño!

Y aquel amargo adiós que ella me daba;
los tristes ayes que exhalaba;
la tierna bendición con que a sus hijos
por siempre de su lado despedía;
aquellos ojos lánguidos, que fijos
en el cielo tenía;
la mortal palidez de su semblante;
su actitud de paloma agonizante;
su sacrificio, en fin, y esos clamores
que en torno a su cadáver estallaron,
fuesen sólo fantásticos dolores,
soñadas amarguras, que pasaron!...

¡Paraiso de mi amor, Azuay querido,
que tuya has hecho la desgracia mía,
con cuanto regocijo te diría:
DEJEMOS DE LLORAR: NO LA HE PERDIDO!,
por tus plazas y calles la llevara,
con el mismo contento y algazara
de la feliz mujer que halló su perla,
y tu pueblo, sensible y generoso,
llamándome dichoso,
me colmara de plácemes, al verla!...

¡No, Señor!, ya me postro y me someto
al horrible decreto
que contra mí fulminas:
¡que se cumplan tus órdenes divinas!,
con la frente en el polvo las bendigo.
Sabia, tu providencia ha concertado
un premio y un castigo,
con separar al justo del culpado.

Se fué la gloria mía;
se fué contigo, que mejor la amabas;
yo no la merecía.
Mil veces entendió que la llamabas;
mil veces me lo dijo de antemano:
aunque, al hablarme de su fin cercano,
¡insensato de mí! no lo creyera.
¡ay! cuando ya no existe,
saboreo el acibar de aquel triste:
¿QUIEN CUIDARA DE TI, CUANDO ME MUERA?

¿Quién cuidará de mí?... Nadie, amor mío:
tu puesto esta vacío...
compañera adorada, ven a verme...
tu familia de huérfanos ya duerme.
Desamparado estoy... Lúgubre calma
de silenciosa noche me circunda,
noche en el corazón, noche en el alma.
Todo es quietud profunda:

nadie te observará: sólo yo velo.
¡Acércate, por Dios; dame al oído
el plácido mensaje que del Cielo,
por favor, por piedad, me habrás traído!

¿Cómo he de soportar esta condena
de forzado a la vida,
si alguna vez, a mitigar mi pena,
no vienes, con tu amor, sombra querida?
Espiritu inmortal, que al sacrosanto
seno de Dios volaste,
recuerda que en el mundo me dejaste
náufrago de las ondas de mi llanto.
Yo debo perecer, si no me amparas;
pero ¡ay, entonces, de las prendas caras,
que mi dicha de ayer diera por fruto!,
de orfandad doble vestirán el luto.

¡No!... por más que me olvides, yo no pue-
la cadena romper con que ligado
por el amor a la desdicha quedo.
Tú a la patria del bien te has encumbrado,
donde tus hijas en la infancia muertas
ángeles eran ya, que te esperaban
con las alas abiertas.
Cuantos pesares para ti se acaban,
cuantos el mundo para mí tenía,
cuantos, al caer tú, se han desatado,
unidos, van a ser, desde este día
al lote de tu esposo desgraciado...

¡Emperatriz del cielo!, a tu clemencia,
con mi grupo de huérfanos, acudo:
bajo tu amparo pongo su inocencia.
Cuando su buena madre ya no pudo
hablar palabra del lenguaje humano,
todavía tu nombre soberano
con labio balbuciente pronunciaba,
y hasta el último instante repetía;

porque mi pobre mártir expiraba
entregando sus hijos a María.

¡Madre del infeliz que no la tiene,
recibe esta familia, que, a ser tuya,
dejando en polvo la que tuvo, viene!,
tu divino favor le restituya
todo el amor perdido.
Por tu dolor de madre te lo pido.
Acógela benigna en tu santuario;
sé su tierna y clemente protectora:
¡después de tu orfandad en el Calvario,
ya no debe haber huérfanos, Señora...!

A tus plantas los dejo, y, peregrino,
mientras tu santa protección los guarde,
voy, en mi aciaga tarde,
a recorrer el resto del camino.
Solitario y errante en la jornada
más penosa y difícil de la vida,
el alma, entre mis hijos y mi amada,
en sangrientas mitades dividida,
a cuestras con el fardo ponderoso
de mi muerta ventura,
salgo a buscar ansioso
mi único porvenir: la sepultura...

¡Adiós, mi caro dueño,
del cielo de mi amor astro extinguido!,
duerme en santa quietud el postrer sueño:
yo, a continuar pensando me despido.
Mañana, que, al tormento de llorarte,
desfallezca y sucumba,
vendrán mis restos a pedir su parte
en el fúnebre lecho de la tumba...
Hasta entonces, adiós! —En la elegía
que amor y desventura me han dictado,
te dejo por ofrenda, esposa mía,
todo mi corazón despedazado!

HIMNO A BOLIVAR

EN SU GLORIOSO PRIMER CENTENARIO

¡Fuego, fuego, volcanes andinos!
inflamando la esfera, bramad;
que del muerto gigante la sombra
hoy se yergue soberbia y audaz!

Rayos vibra su diestra terrible;
son sus iras las iras del mar,
y las hordas que ataca y dispersa
polvo en alas de raudó huracán.

Cuando blande su acero fulmineo,
lamos brillan de lumbre inmortal,
para el héroe centellas de gloria,
para el pueblo otra luz: ¡libertad!

¡Fuego, fuego, sublimes volcanes!,
un saludo al egregio Titán
que del Avila al Misti desata
furibunda y veloz tempestad.

A su voz se estremecen los Andes:
es el dios de la guerra, que va
suscitando naciones del caos,
al crujir de su carro marcial,

Destrozada la torpe cadena,
salta el siervo a la lid pertinaz,
y, al traquido del último trueno,
tiene patria gloriosa que amar.

En el vasto palenque de un mundo
estampadas las huellas están
del guerrero que, orgullo del genio
de los siglos asombro será.

Los cien campos de atlética lucha
fastos son que, de edad en edad,
del insigne campeón colombiano
las hazañas al tiempo dirán.

Donde férvida sangre patricia
fue regada en copioso raudal,
bosques hay de sagrados laureles,
que el estío no agosta jamás.

Encended vuestras crestas, volcanes;
conmoviendo las sierras, tronad;
¡fuego, fuego, que el Sol de Colombia
hoy fulgura con luz secular!

¡Oh eminente Bolívar! ¡Oh Padre!,
mil tributos de afecto filial
te consagre la noble progenie
a quien dió tu valor libertad!

Grito inmenso de júbilo estalle
del Atlante al Pacífico mar;
rompa Olmedo su bélico canto:
¡poblaciones del orbe, escuchad!

¡Ecuador!, a las plantas del Héroe
pon, rendido, la espada triunfal

con que en lides sangrientas supiste
de tiranos las huestes postrar.

¡Sea el grande, el excelso Bolívar
nuestro numen augusto de paz;
templo suyo la América toda;
Chimborazo su espléndido altar!

¡ILUSTRAD!

¡La libertad es luz, americanos!
Solamente cuando arde y resplandece
la antorcha de las Ciencias, aparece
pueblo sin oprimidos ni tiranos.

Vierta el saber fulgores soberanos
en toda inteligencia que amanece,
y la pompa veréis con que florece
noble generación de ciudadanos.

Pero en pueblo de turbas ignorantes,
como esas hordas que a natura plugo
sepultar en las selvas más distantes,

cualquier idiota audaz será verdugo,
y a sus pies los estúpidos restantes
serán rebaño vil que bese el yugo.

APLAUSOS Y QUEJAS

Al inspirado cantor de la raza latina, Dr. Olegario V. Andrade.

X Oi tu voz, y a la celeste esfera
volé contigo, poderoso vate,
cual cóndor de la Andina cordillera,
que, con sublime aliento,
arranca de la roca solitaria
a los mares de luz del firmamento.

A ¡Oh prodigio!, las sombras del pasado
noche de las edades tenebrosa,
huyeron ante mí! Se abrió la fosa,
que, en sus entrañas lóbregas encierra,
polvo tras polvo de las MUERTAS RAZAS,
la vieja humanidad cambiada en tierra!,
y se extendió a mis pies, cual mapa inmenso,
del orbe la amplitud, vasto escenario,
donde el drama grandioso de la Historia,
ya de baldón colmadas, ya de gloria,
a impulso de frenéticas pasiones
o de eximia virtud, ante los siglos
absortos, representan las Naciones!

He visto a Eneas, con el peso augusto,
salir de entre las ruinas polvorosas
de la infeliz Ilión; verter el llanto

que a el alma, no a los ojos de los héroes
arranca de la Patria el duelo santo,
y al capricho entregarse de las ondas,
buscando peregrino,
en ignota región, tierra lejana,
donde plantar los vástagos tronchados
de la estirpe troyana.

No los vientos, el soplo del destino
las velas infla, que a occidente vuelan,
cual banda de gaviotas asustadas
por trueno repentino...

Brama la tempestad en el Tirreno
ponto, que ruge airado,
alzando montes de encrespadas olas,
que ocultan todo puerto al desgraciado...

Pero Marón despierta,
y la empolvada lira
del tûmulo retira,
donde, a par del cantor, cayera muerta...

El nos sabrá decir cómo se cambia
el sañudo huracán en manso ambiente,
fácil surco en la mar hiende la prora
y su dorada luz la rubia aurora
vierte sobre la linfa transparente.

¡Peregrino feliz! En los confines
del piélago ignorado
Italia está, bellissima sirena,
que, con lazo de nardos y jazmines,
cautivo para siempre, le encadena.

Halló el hijo de Anquises piadoso
la patria que buscaba. —Nacen pueblos;
levántanse ciudades;

guerreros bullen, y, en el noble Lacio—
póstuma de esa Ilión que se desploma—
más grande y más audaz yérguese Roma.

X "Perdió su claridad el sol de Grecia,
al brillo de aquel astro que nacía";
Atenas, abismada,
vió en extranjera mano
el clarín portentoso de la Iliada;
selló el labio Demóstenes divino,
que hablaba Cicerón; la macedonia
falange irresistible,
terror del persa, a la legión romana
cedió atónita el paso, y ante César,
titán del occidente,
la gigantesca sombra de Alejandro
se inclinó reverente!...

> Salió de madre el Tiber
y se hincharon sus aguas de manera
que el cauce, la ribera,
el valle, el soto, la colina, el monte,
la cresta que deslinda el horizonte,
cien horizontes más, cuanto la mente
sin límites abarca,
cubrieron, como mar que se desborda
y hace del universo una comarca!

> Esclavo el orbe todo
fue del romano colosal imperio;
¡y aquí el dedo de Dios, aquí el misterio
resplandecen, poeta!, que las razas,
uncidas a la vez al férreo yugo,
con sólida cadena,
cual hordas criminales que el verdugo
llevase juntas a la misma pena,
llegan, en asombrosa muchedumbre,
a purgar un delito solidario!...

bañándose en la sangre redentora,
bajo el madero santo del Calvario!

Y Roma muere! . . . Conceder la vida
al hombre, al pueblo, sin misión arcana,
que debe ser cumplida,
no es del pródigo Ser que apaga soles,
cuando su luz es vana.

Si vagos arreboles
de sanguineo fulgor aún flotan tenues
bajo la parda nube,
es porque al cielo sube
y con brillo siniestro reverbera
la fatídica lumbre de la hoguera
que ha encendido Nerón, en su delirio,
más que por convertir Roma en cenizas,
por inflamar la pira del martirio.

X Astro resplandeciente,
que en la etérea región cruje y estalla,
y arroja en los espacios, cual candente
luminosa metralla,
fragmentos de sí propio, y cien luceros
fulguran de improviso,
esmaltando la bóveda sombría
en torno de ese sol que se deshizo:
así feneció Roma; así nacieron,
del maternal quebranto,
las nobles hijas del vigor latino,
objeto insigne de tu hermoso canto.

X ¡Bienhadadas las huérfanas!, tenían
otra madre amorosa, que su seno
les brindase al nacer; madre que al labio,
en copa bendecida,
de hiel exenta y de letal veneno,
les llevase la leche de la vida.

Santa Iglesia de Cristo: tú las aguas
vertiste de la fuente de tu Esposo
sobre el grupo de reinas que en la tumba
se alzaron del coloso!
Tú, con materno afán, su rica herencia
supiste preservar en el santuario,
divina salvadora de la ciencia!

X ¿Qué la Europa sin tí... Turbión del norte
levántase iracundo,
ruge, se arremolina, se dilata
sobre todos los ámbitos del mundo:
catarata de gentes, que, de lo alto,
de la salvaje breña,
con diabólica furia se despeña,
cunde, inunda, devasta, y en horrendo
bramador torbellino,
la muerte y el estrago difundiendo,
va, por sus propias ondas empujada,
y, luego... COMO LOBREGA LAGUNA
a los pies de LEON MUERE CALLADA?

Cantor preclaro de esa raza de héroes
que es el fénix eterno de la historia,
bien puedes entonar épicos himnos
a su perpetua gloria,
ya que la excelsa Cruz abre sus brazos
y con ellos cobija
al romano y al bárbaro, a los hombres:
¡la Humanidad es su hija!

Primogénita ilustre, el cetro de oro
empuñe de los Césares Iberia;
ocho siglos batalle con el moro;
extermine sus huestes en Granada;
recobre la usurpada
heredad, y en un rapto de hidalguía,
desate la diadema de su frente,

para comprar con ella
joya de más valor: ¡un continente!

De pie, sobre la orilla
del Gaditano mar, lance a la América
la romana semilla;
que en el suelo fecundo
de esta virgen comarca, que latente
el juvenil calor guarda del mundo,
germinará lozana y vigorosa,
doblando presto la española gente...

Perdón, ¡oh madre amada!,
perdón si un día tus audaces hijos
libertad te pedimos con la espada!
Tú nos diste la sangre de Pelayo;
tú la férvida sed de independencia,
español el arrojo,
castellana la indómita violencia,
fueron, con que esgrimió tajante acero
el que probó en la lid... ser tu heredero.

Si, para siempre roto,
cayó el antiguo lazo en la jornada,
ese lazo no fue, madre adorada,
el del filial amor, vínculo tierno,
que ha de ligarle a ti con nudo eterno.

Mientras tu dulce sonoro idioma,
raudal inagotable de armonía,
su ritmo musical preste a los bardos
que en la floresta umbria
del Ande entonan cantinela indiana,
no morirá tu amor, y tuyo el lustre
será, si en el concierto,
entre las galas del primor latino,
luce el hispano varonil acento.

Pero, ¿cuál el altivo
pueblo es que surge y a los pueblos guía,
vertiendo del progreso en la ancha vía
de clara antorcha refulgente lumbré?
¿Quién pretende impeler con arrogancia
la humanidad entera hacia la cumbre?...
Naciones, apartad: ¡el pueblo es FRANCIA!

Reina del pensamiento, traza el rumbo
de la humana razón. Desde el sagrado
tripode de la ciencia,
dicta revelaciones de sibila
al orbe congregado en su presencia.
Cada vez que, inspirada, se estremece,
y el hacha agita en la convulsa mano,
se desprenden centellas rutilantes,
a flotar en la atmósfera del mundo,
cual fantástica lluvia de diamantes.

Mas ¡ay!, la antorcha, convertida en tea
de incendio asolador, fuego derrama,
y estupefacto el orbe, compadece
a Francia, que se inflama...

¡Desgraciada nación!, sus propios hijos,
que, ansiosos de más luz, la llama horrible
frenéticos atizan, son, ¡oh espanto!,
forzados a servir de combustible.

Humo y pavesas a una margen y otra
del desolado Sena,
humo y pavesas solamente habria;
mas el Nerón francés pásmase un día
del exterminio horrendo,
y sangre y ruinas y terror y luto
mirando por doquier, inquieto sube,
Moisés de la impiedad, a la MONTAÑA;
reprime ante las turbas

el ímpetu terrible de su saña;
serenidad afecta en el semblante;
finge bíblico acento de profeta,
y dota a la Nación agonizante...
¡con un DIOS, que sacrilego decreta!

A poco la cuchilla
sangrienta del perenne sacrificio
dividió la garganta del tirano;
pero el ¡ay! que a su Padre soberano
exhalaba la Francia, en el suplicio,
llegó doliente: la Piedad sus alas
de cándida paloma
tendió, en rápido vuelo,
a ese campo de horror donde moría
un gigante olvidado por el Cielo...

¡Y aún vive Francial, luminar radioso,
que, pasado su eclipse, resplandece:
adalid que sucumbe y se levanta
y en su propio infortunio se engrandece.

Cuando la hirviente sangre de sus hijos
el patrio suelo inunda,
germinan, en la tierra que fecunda,
Encélados soberbios que quisieran,
con loco atrevimiento,
alzar la humanidad sobre sus hombros
y, amontonando escombros sobre escombros,
saltar al firmamento!...

¿Lánguido es mi cantar, vate argentino?
¿Brío mayor reclama
la resonante trompa de la fama?,
pues sigue tú, que osado,
robusta entonación, ardiente verso,
lírico arranque tienes, y te encumbras
al cenit, que las musas me han vedado.

Canta las glorias de la hermosa Italia,
que, siglos ha dormida
sobre el sepulcro del Romano Imperio,
ha despertado en fin, llena de vida:
de Italia en cuyos fastos
el nombre brilla del excelso nauta
que, arrancando a los vastos
dominios de la mar mitad del orbe,
perfeccionó la esfera,
y el del genio atrevido, que, usurpando
de un dios la potestad, se alzó y dispuso
que el globo se moviera!

Pero, ¿por qué los ojos
apartas del Oriente,
a ver cuál se derrama
sobre nuevo país latina gente,
antes de que los vuelvas al extremo
de la tostada Libia, donde azotan
solitario peñón rudas tormentas,
que el no surcado piélago alborotan? . . .

El cielo se oscurece; el viento zumba;
furioso el Ponto brama;
la combatida mole se estremece
y, al clarear del relámpago, aparece
(Poeta, vedle allí) ¡VASCO DE GAMA!

Si hasta el índico mar el rumbo sigues
que traza el arrogante lusitano,
un naufrago verás . . . Las ondas bate
con la siniestra mano,
y, ansioso de salvar lo que mil veces
más precioso reputa que la vida,
en la diestra levanta,
con afán infinito,
un objeto inmortal: ¡el manuscrito
en que las glorias portuguesas canta!

¡Cuna de Camoens!, a injurioso olvido
tu nombre relegar, ¿cómo un poeta
de América ha podido?,
cuando aún parece que la sombra inquieta
del claro Magallanes
escudriña la brecha misteriosa,
al nocturno fulgor de los volcanes;
cruza de mar a mar; graba su nombre
en la roca vecina,
y, bogando a las islas de Occidente,
cae, para marcar perpetuamente,
con su tumba, la ruta peregrina.

Viuda volverá su heroica nave,
por opuesta región, al mismo puesto,
y, testigo intachable del profundo
dictamen de la ciencia,
probará que, del sol en competencia,
pudo dar un bajel la vuelta al mundo.

Mas siga ya tu canto, y la hechicera
nereida que, del fondo de las aguas,
bañada en perlas, levantó la frente,
al sentir que Colón mundos perdidos
buscaba entre las brumas del poniente;
América, la virgen prometida,
que, de gala vestida,
bajo un dosel de palmas y de flores,
al Porvenir aguarda,
y en lánguidos suspiros
se queja de su amante, porque tarda;
ella, que el regio manto,
bordado de esmeraldas y rubies,
ha tenido en las costas de sus mares,
ansiosa de que salten a millares
los obreros del bien, que el siglo admira,
oiga, en elogio suyo,
los pindáricos sonos de tu lira.

Exenta un tiempo de afrentoso yugo,
libre, como la luz, como las auras,
creció lozana y bella
hasta el aciago día
en que, siguiendo de Colón la huella,
la vino a sorprender la tiranía.

Por luengos años, prisionera ilustre
de extranjero señor, lloró en silencio
su desdichada suerte;
pero, cansada, al fin, de oprobio tanto,
a la ignominia prefirió la muerte,
la pérdida altivez cobró iracunda,
deshizo en mil pedazos
la bárbara coyunda,
y, amazona terrible en la batalla,
al pecho disparó de sus guardianes
los grillos, convertidos en metralla!

Hoy es la poderosa
soberana que extiende sus dominios
de uno al otro polo,
y al opresor antiguo, generosa,
le tiende amiga mano,
que quien fue su señor es ya su hermano.

Las páginas no escritas
que el misterioso libro de la historia
guarda para el futuro,
ella sabrá llenarlas con su gloria.
Ante ella han de librarse
los postreros combates del progreso.
No importa que el exceso
de vida, de entusiasmo, de energía,
en que el fecundo seno le rebosa,
la inflame alguna vez y la enloquezca:
en sus entrañas arde todavía
aquel fuego interior que hundió los valles,

alzo los montes, trituró las rocas
y sacudió el planeta,
antes que, dócil, a la ley cediese
que a reposado giro lo sujeta.

Si aún hoy su veste cándida
mancha con sangre la matanza impia;
si el humo de las lides pestilentes
le inficiona el ambiente,
le agosta el campo, le obscurece el día;
presto de la discordia el monstruo infame
caerá a sus pies rendido,
y, al disiparse la sulfúrea nube,
de mortíferos rayos negro nido,
América radiante y majestuosa,
moderna Egeria del linaje humano,
futura institutriz de las naciones,
las tablas de la ley tendrá en la mano.

Y, con regio ademán, el noble coro
mostrará de sus hijas predilectas,
de pro genie romana,
que su honra, su decoro,
su timbre, su blasón serán mañana.

Allí la patria del invicto Juárez,
al brazo el arma, con marcial denuedo,
defenderá sus leyes,
a rasgar otra vez apercebida
la púrpura insultante de los reyes.

Las cinco hermanas que, tranquilas, bordan,
con afán incesante,
por uno y otro ponto acariciadas,
del progreso la túnica brillante,
y en grata confianza,
para ser grandes, pactan
confundir sus destinos y su herencia,

juntas esplenderán, como en el cielo
las estrellas menores,
que duplican así sus resplandores.

Las que en medio del ponto gimen solas,
y el furibundo embate
sufren del despotismo y de las olas,
cual débiles barquillas
dispersas en la mar, formarán, libres,
la poderosa Unión de las Antillas.

Venezuela gloriosa,
emporio de héroes, madre afortunada
del inmortal Campeón de estas regiones,
que hizo brotar naciones
donde clavó la punta de su espada;
ceñida de laurel la augusta frente,
centinela del amplio continente
de que supo expeler al castellano,
la daga de Bolívar tendrá al cinto
y la lanza de Páez en la mano.

Colombia, que, con diestra vigorosa,
levanta el democrático estandarte
a altura prodigiosa,
y en cuyo seno ardiente,
como en fragua volcánica, se funden
el pasado, el futuro y el presente;
con noble majestad, a los marinos
de uno y otro hemisferio,
enseñará la portentosa vía
que sometió dos mares a su imperio;
y, cuando enjambre de extranjeras naves
desfile a su presencia,
homenaje a tu esfuerzo y a tu ciencia
les sabrás demandar, ¡moderno Alcides,
que en las hondas del piélago derramas
en medio de los mundos que divides!

¡Desgraciado Perú, que hoy te retuerces
en el sangriento potro del martirio,
mordiéndolo con despecho la cadena,
víctima del frenético delirio
con que tu propio hermano te condena,
cuando cese el terrible
sacrificio en que expías
faltas, no hay duda, de pasados días,
cobrarás presto tu vigor nativo,
tras el breve desmayo,
e impávido y audaz, fuerte y altivo,
serás el adalid del DOS DE MAYO.

¡Chile! Chile brioso,
que arrojaste colérico la azada,
para empuñar el homicida acero
y blandirlo con fuerza desusada,
bien has mostrado ya que eres guerrero;
mas ¡ay!, en fraticida
contienda, que deslustra la victoria;
porque duelo es la gloria,
cuando es hermana la nación vencida...
¡Perdón para el Perú, ¿cómo pretendes
que bajo el peso del baldón sucumba?
¡Pueblo que tan bizarro te levantas,
dejarás de ser grande, si tus plantas
pones sobre una tumba!...

Bolivia generosa, hija postrera
del gran batallador, viuda hermosa
del capitán insigne de Ayacucho,
depuesta la luctuosa
vestidura que hoy llevas,
pues tu pesar es mucho,
debieras convertir, para ser fuerte,
en lección provechosa tu escarmiento,
y unir presto a tu suerte
la del Rey de las Chinchas opulento...

Mas ¡oh bardo argentino!,
toma, toma esta lira,
que desfallece en mis indoctas manos
y, de cantar en vez, gime y suspira.
Escuche tus galanos
himnos la EMPERATRIZ del claro Plata.
Prosigue tú y desata
el undoso raudal de poesia,
que, en la patria de Mármol y de Andrade,
difunde a par del éter la armonia.
Presagia tú el destino
de esa región austral, cuna dichosa
del Bolívar del Sur. Ya que el divino
estro tu pecho inflama,
levántate y proclama
del joven Uruguay la gentileza;
del oriental imperio—
república futura— la grandeza,
y un aplauso te arranque, si eres justo,
a menos que el pudor tu labio selle,
ese cubi famoso de leones,
contra el cual (¡oh vergüenza!) tres naciones
corrieron a lidiar, y fuera en vano,
si, exterminados en la lucha fiera
los últimos valientes, no cayera,
ilustre mártir, el que fué tirano.

X ¡Ecuador! ¡Ecuador!, patria querida
por cuyo amor es poco dar la vida,
¿cómo, cual tribu oscura,
entre incógnitas breñas olvidada,
incapaz de progreso y de ventura
te desdeña el cantor? —Pudo la osada
perfidia de un bastardo encadenarte,
romper tus leyes, abrogar tus fueros,
oprimirte, humillarte;
pero exhalaste un ¡ay! y mil guerreros
se armaron a porfia,

para vengar tu afrenta
y pedir al malvado estrecha cuenta
de tus desdichas todas, Patria mía.

Caíste so la inmunda
planta de un criminal; pero ¿qué pueblo
dejó de ser atando a vil coyunda?...
¡Manes del GAUCHO infame
que desoló las pampas argentinas,
decidme si enturbió vuestra memoria
del Plata las vertientes cristalinas?

¡Yergue, Ecuador, la frente!,
¡yérguela con orgullo! Cuando yaces
abatido y doliente,
los mismos que lloraban consternados,
hijos idolatrados,
en rabia y frenesi truecan el duelo,
despedazan intrépidos el yugo,
furiosos arremeten, y estrangulan,
con sus propios cordeles, al verdugo.

¿Qué pompa te negó pródigo el Cielo?,
ardiente sol en tu cenit esplende;
con mágico primor tus campos viste,
y, si al ocaso tiende
océano inmenso, que tus costas baña,
acá, tras la granítica montaña,
que rasga con sus crestas el nublado,
otro mar portentoso de verdura
despliega para ti, donde ignorado
guarda el secreto aún de tu ventura.

Grande es tu porvenir, Virgen del Ande,
porque, muerta Colombia, el patrimonio
de sus hijas fue grande.
Copiosos frutos de diversas zonas
ostenta tu regazo;

ricos veneros tu comarca cria;
tus canales son Guayas, Amazonas;
tus montes Cotopaxi, Chimborazo,
y aun tus tiranos mismo son... Garcia!

¿Te falta gloria? —¡No!— Cuando entre sombras
lóbregas de ignorancia y servidumbre,
la colonia dormía torpe sueño,
tú, de las sierras en la enhiesta cumbre,
dabas la voz de alarma, convocando,
contra la turba inicua de opresores,
el de oprimidos infelice bando,
y, al resonar el imponente grito,
conmovidos los ecos, contestaban:
¡LUZ DE AMERICA, QUITO!

¿Y después?... en silencio pavoroso
volvió a quedar sumido el Continente:
no hubo quien acudiese a tu defensa,
y, en bárbara hecatombe, la inocente
sangre de tus patricios corrió un día,
sangre con que el bautismo
la libertad obtuvo, pues nació...

Despertaron, al fin, los que en inerte
sopor adormecidos,
sordos a tus inútiles gemidos,
a merced te dejaban de tu suerte.
Truena la tempestad en Carabobo;
estalla en Boyacá, brama en Pichincha;
y Bolivar, el dios de la tormenta,
su trono de relámpagos asienta
aquí, en el diamantino
culmen excelso del coloso andino!

El teatro contempla de su gloria;
dicta, para los siglos posteriores,
inauditos portentos a la Historia;

inspirado delira;
águila poderosa, tiende el vuelo,
buscando en la del sur esclava tierra
siervos que libertad; y fué en tu suelo,
Guayaquil hechicera, codiciada
por todo malhechor, donde avistados
uno y otro gigante,
el argentino resignó la espada
y el colombiano audaz... pasó adelante.

¡Patria del corazón! cuando, extinguido
el último estampido
del cañón formidable de Ayacucho,
ebrio de sangre se inclinó el acero
y enmudeció el clarín, sobre la tumba
del poder extranjero.
Bolívar, en el éxtasis divino,
en la embriaguez suprema de la gloria,
oyó sublime canto,
música celestial de la victoria!

¿Y quién era el cantor?... ¡Insigne Olmedo,
lustre envidiado de la patria mía,
sal de la selva umbria
en que, a la margen de tu caro Guayas,
descansas arrullado
por el dulce murmurio de las olas,
cabe el rosal pintado:
sal y descuelga tu laúd sonoro,
y el canto, que, dormido,
yace en sus cuerdas de oro,
mientras tú lo despiertas atrevido,
derrámese en armónico torrente,
para que sepa, si lo ignora, el mundo,
que es honra, no baldón, del continente
la patria del poeta sin segundo!

¡RINIMI, LLACTA!

Versión castellana de la Señora Doña Angeles León viuda de Cordero.

Me voy, mi tierra, me voy,
muy lejos a soterrarme;
tú eres para mi enemiga
en lugar de ser mi madre.

De mujer, hijo y parientes
muy pronto voy a alejarme,
esta noche, cuando salga
la luna para alumbrarme.

Cual tortolilla inocente
que está gimiendo en la tarde,
cuando atisba el gavián,
se oculta tras los zarzales;

Así me voy de mi Patria,
huyendo de rey tan grande,
a esconderme para siempre
donde no puedan hallarme.

Rico fui. . . todos mis bienes
me ha quitado el miserable;
en la pobreza en que vivo
no tengo ni a quién quejarme.

Mi casa es la casa suya;
¡todo ha sabido quitarme!
Así pasará mi vida,
como la paja en el aire.

Mi hija ha muerto en su servicio,
por su rigor implacable,
sin pensar que daba muerte
a mi corazón de padre.

Hincado, puestas las manos,
en actitud suplicante,
el ser indio gimo y lloro
al Dios Poderoso y Grande.

A mi hijo y mi mujercita,
El mismo, cuando yo falte,
con su Paternal cariño
y bondad, sabrá cuidarles.

Quizás, si Dios me da vida,
volveré . . . para abrazarles,
y juntitos correremos
a donde no nos alcancen.

Atravesando los montes,
peñas y cerros distantes,
una noche, a media noche,
vendré, para visitarles.

Quizás los tres encontremos
en un cerro muy distante
donde vivir los tres solos,
y no nos persiga nadie . . .

Tengo miedo de morirme
en lejanas soledades,

sin ver a mis caras prendas
y el último abrazo darles.

Quién dirá cuando yo muera
"ha muerto el indio; lloradle"...
Ellos, de noche y de día,
¡me esperarán... esperadme...!

Mas ya aparece la luna
con su brillo rutilante;
de alejarme de los míos
ya llegó el penoso instante...

Me voy... me voy, tierra mia,
muy lejos... para acabarme;
tú eres para mí madrastra
en lugar de ser mi Madre...

EL DIEZMERO

Versión castellana de la Señora Doña Angeles León viuda de Cordero.

¡Conque han quitado al diezmero...
¿terminó mismo esta plaga...?
Contentos agradezcamos
a los Padres de la Patria...

Ya no existe nuestra pena,
se acabó nuestra desgracia:
salgan y griten a todos
los indios de la comarca.

El maicito que sembramos
con tanto apuro y afán
viene reventando en flores,
bonito ha de madurar.

Levántense... sudaremos
mujer, hijo, hermano, hermana;
todita nuestra cosecha
la guardaremos en casa.

Ya no ha de venir corriendo
con su Padrón dicho, el chagra,
para apuntar en el Libro
aunque no produzca nada.

Ya no irá, padrón en mano,
a rodear mi pobre chacra,
como el gallinazo huele
a la mortecina vaca.

Ya no pasará contando
todas las cañas tronchadas,
para decir: "te has comido
las mazorcas que aquí faltan"...

Ya no irá tras de mi choza
a ver mi gallina blanca,
y llevarse con sus pollos,
aunque grite la cuitada.

La becerrita está libre,
ya no se esconde asustada;
junto a la puerta, jugando,
que esté no más con su mama.

Hasta el perro comegente
se oculta bajo la cama...
"tal vez hay diezmo de perros",
dice en su perra palabra.

¡Qué será lo que no ve!,
qué será lo que no atrapa,
qué será lo que no cuenta
este buitre de uñas largas.

La raposa, al atisbarle,
corre al cubil... agachada;
el gavián, por el miedo,
vuela encrespando las alas.

Sal, muchacho, rodearemos
tus siembritas atrasadas;
al saber la gran noticia
es posible que ya nazca.

Mujer, ya remoja el zuro
para tejer dos canastas,
bien apretadas y grandes,
hoy una y otra mañana.

Llenitas las guardaremos,
para las desyerbas basta;
ya nadie quitarte puede
la comida de tus huahuas.

Verdadero Dios y Padre,
la helada y granizo manda,
pero no mismo nos sueltes
a ese gusano que arrasa.

A media noche... en el sueño
se me aparece el fantasma...
como un enfermo... sudando
me levanto, antes del alba.

He ahí que llega... ya busca
en mi vacía morada,
insulta... golpea... y corre
con una prenda que atrapa.

"No mismo madura", digo,
a ver que no encuentras nada;
mis hijitos infelices
lloran de hambre y se desmayan...

Hablara con una piedra,
la piedra se suavizara;
él me contesta: "que lloren,
a mí no me importa nada".

Mi prenda pondrá vendiendo
al que la compre, mañana;

el indio queda desnudo,
sin su poncho y sin la plata.

Si me quejo a la Justicia
es su pariente el Monarca.
Escribe... enreda... y sentencia:
vender mi tierra en subasta.

¿Qué te haces, infeliz indio,
si la tierra no te alcanza?...
Amarcando a tus hijitos
venderlos... lleno de lágrimas...

¡Ya despierto...!, de rodillas
ponéos, hijos de mi alma,
ya nos mira el Dios Piadoso
con compasiva mirada.

Por El estamos viviendo,
El sólo a los indios ama;
El castiga a los malvados;
El nos redime y nos salva.

El, de nuestros defensores
entrando dentro del alma,
la compasión por el indio
El ha sabido inspirarla.

A El mismo le pediremos
les dé su Divina Gracia
y en el cielo los reciba
a los Padres de la Patria.

A los que han hablado en Quito,
el corazón a sus plantas
ponemos en recompensa
a sus piadosas palabras.

Sólo corazón tenemos
para sentir la desgracia,
vivir sufriendo y llorando
nuestra suerte infortunada.

¡Que Dios les conceda a todos
feliz bienaventuranza,
donde esplende su Hermosura
y el gozo nunca se acaba!

AL GLORIOSO CERVANTES SAAVEDRA

A los trescientos años de haber nacido
su inmortal Don Quijote de la Mancha.

I

Para irrisión de andantes caballeros,
lanzaste el tuyo, de figura triste,
tempestuoso filántropo, que embiste
doquiera que barrunta desafueros.

A su lado pusiste el de escuderos
perfecto tipo, que al Manchego asiste
sólo porque el Fidalgo le conquiste
insulas en que hartarse de pucheros...

¡Tal es la sociedad! Almas ardientes
pugnan por el derecho conculcado,
provocando la risa de las gentes;

mientras un maula rústico y taimado
sirve de Sancho Panza a los valientes
por el plebeyo gaje del bocado.

II

Loco es tu paladín; mas su manía
de amparar a dolientes desvalidos,
castigando a bellacos y bandidos,
a punto está de ser sabiduría.

Al otro mandria, de cabeza fría,
que todo lo refiere a los sentidos,
¿qué le importan fazañas ni cumplidos,
si al sórdido interés tiene por guía?

Hidalgo el uno, la hermosura crea
que corazón le acepte y homenaje,
fervido adorador de Dulcinea.

Villano el otro, sueña con el gaje,
y, si en algo más noble se recrea,
es sólo al recobrar a su bagaje.

Desazones, derrotas, penitencia,
 todo lo arrostra el inclito Manchego,
 que, encendido de amor en vivo fuego,
 milita en protección de la inocencia.

El paje es un modelo de indolencia,
 a injurias mudo, para lidias ciego,
 muy discreto, eso sí, cuando entra en juego
 el tema de la propia conveniencia.

El Adalid, que al débil presta auxilio,
 deplorará, con frases peregrinas,
 la suerte de Cardenio o de Basilio.

El mozo, de Camacho en las cocinas,
 vagará como en propio domicilio,
 engullendo perdices y gallinas.

IV

Don Quijote es el noble visionario,
 por altos ideales aturdido;
 Sancho es aquel plebeyo buen sentido,
 que prefiere a la gloria el numerario.

Si embiste el Caballero temerario,
 el mozo queda oculto o encogido,
 y ni palabra chista, si, vencido,
 no abandona el palenque el adversario.

Blande el Hidalgo la pujante lanza
sólo por la justicia y por su hermosa,
que así de caballeros es usanza.

El zafio una piltrafa apetitosa
les pide a las alforjas, como Panza:
Don Quijote es poema; Sancho es prosa.

V

El uno al natural, el otro al vuelo;
 aquel con su sarcástica simpleza;
 éste elevada siempre la cabeza,
 confundiendo al Toboso con el cielo.

Arranques de piedad en todo duelo;
 lujo de cortesana gentileza;
 contra follones, varonil fiereza;
 de honrosos lances insaciable anhelo.

Socarrón, el criado, le acompaña,
 sobre enjalma de misero borrico,
 sólo por el botín de la campaña;

y olvida el manteamiento y cierra el pico,
 porque su burdo cálculo le engaña
 con Baratarías que han de hacerle rico.

VI

Tal es el mundo, ilustre Romancero:
 algunos, con la mente perturbada,
 imitan la ideal, pero arriesgada,
 profesión del Andante Caballero.

Otros, como su rústico escudero,
 buscan lo material de la tajada,
 aunque agujas los pinchen; porque nada
 los enamora más que don Dinero.

Armemos los Quijotes por docenas;
montemos por millares a los Panzas,
y tendremos del mundo las escenas,

donde, al romperse quijotescas lanzas,
estallen burlas y se lloren penas,
producto de estrambóticas andanzas.

VII

¡Cervantes inmortal!, cuánta cordura
acertaste a encarnar en la demencia,
haciendo de tu artística excelencia
perpetuo asombro de la edad futura!

Moral, erudición, literatura,
milicia, poesía y elocuencia,
¡todo con la fantástica apariencia
y el bizarro color de la locura!

¡Sublime Manco, si llegase el día
en que la humana sociedad agote,
por deplorable caso, su alegría,

para hacer que otra vez la risa brote
en sonoros raudales, bastaría
abrir ante los tristes tu QUIJOTE!

A BOLIVAR REY

Al centellar tu espada refulgente
Y levantarse libre un hemisferio,
Clamó la vil envidia que al imperio
Te alzabas, cual menguado pretendiente.

¡Generoso campeón del Continente,
Fue sólo redimir tu ministerio,
Y agonizar después!... El vituperio
No te ha manchado de la inicua gente.

Pero esa gigantesca monarquía,
En que el héroe mayor entre los grandes,
Soberano de un mundo, reinaría,

Sin que tú la codicies ni demandes,
Cinco naciones te la dan hoy día,
¡Emperador agosto de los Andes!

A LOS NOBLES ADALIDES DE LA PRENSA

¡Campeones de la luz, alzad el vuelo
A la región espléndida del sol,
Arrebatad fulgores y lanzadlos
Sobre la limpia faz del Ecuador!

Cesen de hoy para siempre las tinieblas
Con que autócrata imbécil enlutó
La tierra en que brotaban, como flores,
Genios de peregrina inspiración.

Inunde los espacios de improviso
Celeste manantial de resplandor;
Acábase la noche y, sin crepúsculo,
Vuelva al cenit el astro que cayó.

Cíclopes que forjáis, en noble fragua,
con mágico poder, rayos de Dios,
Encended esa hoguera misteriosa
En donde, escoria vil, queda el error.

Salten fúlgidos lampos, y, si fuego
Llevan, a par de luz, vayan los dos!
Caiga en pavesas cuanto impuro existe:
Luzca sólo del bien el esplendor.

¡Soldados del Derecho!, cuando cruje
Vuestro férreo aparato, a la presión

Que, al instantáneo choque de dos planchas,
Hace chispear la luz en derredor,

Se estremecen los déspotas, cual suelen
Mercenarias legiones, si veloz,
Entre el humo y la lumbre del disparo,
Negrea la metralla del cañón.

¡Taquígrafos del pueblo! diligentes
Recibid de sus labios el rumor,
Que mañana ha de ser grito espantoso,
Remedo de mil truenos: Opinión!

Recibidla al nacer, y difundida
Vaya por los espacios esa voz,
Que, en las gradas del solio resonando,
Repercuta en el último rincón.

Artistas que copiáis el pensamiento,
Como copia el arroyo bullidor
Plantas, flores, guijarros y malezas,
Lo bello y lo deforme en sucesión,

Con pinceles de luz, copiad el cuadro
Que, al salir del sepulcro el Ecuador,
Forma esta multitud llena de vida,
Ayer horda de ilotas, hoy Nación.

Dadle a torrentes claridad del cielo;
El sendero enseñadle del honor,
Y marche al porvenir, rotas las vallas
Del redil en que el torpe le encerró.

Como las ondas de irritado ponto
Se alzan en tumultuosa confusión,
Y el negro casco de vetusta nave
Sacuden y destrozan con furor,

Así los pueblos, animadas olas,
Ardiéndoles en ira el corazón,
A menudas astillas redujeron
El trono del infame urupador.

Heraldos de la gloria, que, ante el mundo,
Robusta y varonil alzáis la voz,
Y, al callar la trompeta del combate,
Al pueblo proclamáis por vencedor,

Preguntad con orgullo a las Naciones:
Que nos ven desde el sur y el septentrión,
¿Si del regio banquete de los libres
Hay bárbaro que expulse al Ecuador?...

NOTA FINAL

La traductora del quichua al castellano, de los Poemas "Rinimi, Llacta" y "El diezmero", ha procurado mantener la más alta y completa fidelidad a los originales, ateniéndose, en lo posible, a su sentido textual. Este el motivo por el que en dichas versiones habrán de encontrarse expresiones típicas, voces familiares, modismos, provincialismos y regionalismos, maneras de decir y giros propios de tierra adentro, que dan, precisamente, a las composiciones su tónica natural y propia. No era dable, por cierto, poner en labios del indio expresiones académicas o de impecable Gramática castellana: se ha vertido su sentir del idioma natural a otro que le es muy distinto, pero debía conservarse, como se ha hecho, el purismo, hasta donde la versión hace posible, del tierno y hondo molde idiomático en que están contenidos los sentimientos íntimos de toda una raza.